



Querida hermana y hermano.

Nuestra iglesia siente una gran preocupación por la situación sufriente de nuestras hermanas y hermanos en situación de paro y precariedad laboral. Estamos seguros de que al oír hablar de personas en paro o en situación de precariedad laboral te ha venido a la mente esa o esas personas que han acudido a pedirte ayuda en alguna ocasión.

Desde la delegación diocesana de Pastoral Obrera tenemos el gusto de presentarte el documento “Acompañando en el paro y la precariedad”. Un documento que nace de la petición que nuestro obispo D. Ginés hizo a la delegación diocesana de Pastoral Obrera al poco tiempo de llegar a nuestra diócesis. Sus páginas son “...una llamada a las personas que estén dispuestas a acompañar en el paro y la precariedad y a llevar el evangelio al mundo del trabajo. También a las personas que están en situación de desempleo, trabajo precario o problemas en el mundo del trabajo...”

Este documento lo tienes a tu disposición para su [descarga gratuita](#) en la web de la diócesis, pero nos ponemos a tu disposición para hacerte llegar los ejemplares, en papel, que necesites; para ello ponte en contacto con la delegación diocesana de Pastoral Obrera mediante correo electrónico o telefónicamente y gustosamente, te lo haremos llegar.

Junto a esta carta te incluimos la presentación de nuestro Obispo D. Ginés al documento y la catequesis sobre San Jose el carpintero del Papa Francisco del 12 de enero 2022. Que sus palabras nos ayuden a todas las personas que conformamos nuestra diócesis a poner en práctica la tarea del acompañamiento a la realidad sufriente del paro y la precariedad.

“Es un documento para ayudarnos unos a otros y como iglesia poder hacer realidad el objetivo, incesante de un Trabajo Decente para todo el mundo. Empecemos por tu parroquia, empecemos por lo que tenemos al lado. El mundo vendrá después.”

Recibe un abrazo en Jesús obrero.

Delegación Diocesana de Pastoral Obrera Getafe



pastoralobreragetafe@gmail.com



606 657 508



@delegPOgetafe

Atención telefónica: 606 657 508 (Lunes de 19:00 a 19:30)
C\ Cuzco,15, 28945 Fuenlabrada (Madrid)



Carta Presentación del Obispo

Este documento que os presento ha nacido de la realidad, de la observación de una realidad cruda y dolorosa, pero esperanzada al mismo tiempo, que hemos querido mirar desde Dios y desde el Evangelio. La realidad que vivimos nos sorprende y nos provoca, más aun, nos golpea y nos invita a pararnos, reflexionar, para después actuar. Es en esa realidad humana donde escuchamos la llamada de Dios, y desde la que hemos de vivir el Evangelio como fuerza transformadora del corazón humano y de la sociedad.

Esta propuesta para acompañar en el paro y la precariedad es el fruto de la oración, la reflexión y el diálogo con la Delegación diocesana de Pastoral Obrera de nuestra diócesis, y que hoy ofrecemos a toda esta iglesia particular como propuesta de comunión, en este momento del camino sinodal, en un mundo herido y que nos hiere, el de tantos miles de hermanos y hermanas que no tienen un trabajo digno, por lo que no pueden tener tampoco una vida en dignidad.



Carta Presentación del Obispo

Al comienzo está la pandemia y una historia que no deja indiferente. Un hombre de mediana edad que cada día sale de su casa a la hora habitual para ir al trabajo, el problema es que ya no tiene trabajo, lo han despedido en esta época de precariedad. Tiene vergüenza de decir en su casa que está en el paro, por eso aparca su coche en cualquier lugar y hace tiempo hasta volver a su casa como si nada hubiera pasado. Es una historia conmovedora y real.

Ante esta historia que seguro que será la de muchos, con otros rostros y otros perfiles, surge la pregunta: ¿Qué podemos hacer? Ojalá, pero no podemos dar trabajo a todos, podemos soñar, y quizás tenemos que hacerlo, para animar vías de trabajo, pero mientras tanto, tenemos que acoger, que acompañar, que cuidar. Nuestras comunidades parroquiales tienen que ser hogares abiertos también para los que no tienen trabajo. Estos son los pobres, el rostro y la carne de Cristo que nos interpelan, que nos invitan a mirarlos y a acogerlos como don.

Vivimos en una diócesis muy poblada, con una baja media de edad, y muy vulnerable por el gran número de jóvenes y de inmigrantes. Es difícil saber el número de personas que trabajan porque los datos se refieren al lugar de ocupación y no de residencia, pero sí sabemos que en los últimos meses la población con desempleo era de 110.230 personas, la mayoría mujeres, jóvenes y personas de más edad.

Es cierto que en las últimas décadas el paro ha ido descendiendo al tiempo que aumentaba el trabajo precario, es decir, temporal y mal remunerado, incluso son muchos los que de hecho trabajan, pero sin estar dados de alta en la seguridad social. Vivimos la consolidación de la precariedad laboral, son muchas las personas y las familias instaladas en la incertidumbre ante la vida y el futuro, consecuencia de estos es el nacimiento de nuevas pobreza. Algunos llaman ya a esta generación la de la "incertidumbre".

Personas en la década de los cuarenta o cincuenta que han perdido el trabajo, sin esperanza de tener otro, a causa de la llegada al mercado laboral de nuevas generaciones que vienen detrás. Pero también, jóvenes que nunca han trabajado y no ven modo de hacerlo, estos jóvenes son una realidad lacerante porque en vez de mirar el futuro con esperanza, lo miran con miedo. ¿Qué sociedad podemos construir con jóvenes que temen al futuro, que no tienen ilusión por un mundo distinto y mejor?

¿Qué podemos hacer entonces? Podemos caminar con ellos y junto a ellos. Decirles con nuestra vida que no están solos, que podemos y debemos caminar juntos y levantarnos juntos. Cada uno de los hombres y mujeres que viven en el desempleo son también una misión para la Iglesia, si para la sociedad son material de descarte, para nosotros, no; son un don.

En nuestras comunidades hay muchas personas verdaderamente cualificadas para el arte de acompañar, personas dispuestas a dedicar tiempo y dar cariño a esos hermanos y hermanas que vienen hasta nosotros.

Podemos escuchar, acoger, acompañar, buscar salidas con futuro, podemos hacer que el tiempo sea de calidad, tiempo también para capacitarnos.

La Iglesia ha mirado siempre el trabajo como un don y una tarea; el trabajo está inscrito en el hecho mismo de la creación, porque Dios puso al hombre en el jardín del Edén para que los *“cultivase y guardase”* (cfr. Gn. 2,15). De hecho, son muchos los documentos que en cada época lo han llamado *“Evangelio del trabajo”* (LE6), y hacer de esta no un aspecto más, sino el centro de la cuestión social, (LE 33). Ante el hecho del desempleo, Benedicto XVI constataba: *«el estar sin trabajo durante mucho tiempo, o la dependencia prolongada de la asistencia pública o privada, mina la libertad y la creatividad de la persona y sus relaciones familiares y sociales, con graves daños en el plano psicológico y espiritual»* (CV, 25).

El paro laboral nos cuestiona a todos, desde la organización social a la misma cultura, para la Iglesia es una interpelación como lo es a la dignidad humana. El desempleo excluye a los hombres del reparto de los bienes que han sido creados para todos, provoca una culta del descarte que deja en las cunetas de la vida a miles de personas. *“Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de algo nuevo: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son «explotados» sino desechos, «sobrantes»”, dice el Papa Francisco* (EG, 53).

Este proyecto pastoral que ahora presentamos es una propuesta sencilla pero audaz para llevar el Evangelio al mundo del trabajo y acompañar a aquellos que viven en el mundo del paro y la precariedad laboral, alejándonos de la tentación de la que nos advierte el Papa: *“nos entretenemos vanidosos hablando sobre «lo que habría que hacer» —el pecado del «habríaqueísmo»—*

como maestros espirituales y sabios pastorales que señalan desde afuera. Cultivamos nuestra imaginación sin límites y perdemos contacto con la realidad sufrida de nuestro pueblo fiel” (EG, 96). Se trata, sencillamente, de caminar con nuestro pueblo para mostrarles la salvación.

Agradezco a la Delegación de Pastoral Obrera, y a la Vicaría episcopal para la Caridad, su generosa dedicación a los más pobres, al tiempo que os animo a recibir esta propuesta de acción pastoral con interés y alegría.

A la Virgen, madre del Divino Obrero de Nazaret, encomiendo sus frutos.

Ginés García Beltrán
Obispo de Getafe

PAPA FRANCISCO

AUDIENCIA GENERAL

Aula Pablo VI

Miércoles, 12 de enero de 2022

[Multimedia]

Catequesis sobre san José 7. *San José el carpintero*

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Los evangelistas Mateo y Marcos definen a José como “carpintero” u “obrero de la madera”. Hemos escuchado hace poco que la gente de Nazaret, escuchando a Jesús hablar, se preguntaba: «¿No es éste el hijo del carpintero?» (13,55; cf. *Mc* 6,3). Jesús practicó el oficio de su padre.

El término griego *tekton*, usado para indicar el trabajo de José, ha sido traducido de varias maneras. Los Padres latinos de la Iglesia lo hicieron con “carpintero”. Pero tengamos presente que en la Palestina de los tiempos de Jesús la madera servía, además de para fabricar arados y muebles varios, también para construir casas, que tenían ventanas de madera y techos de terraza hechos de vigas conectadas entre sí con ramas y tierra.

Por tanto, “carpintero” u “obrero de la madera” era una calificación genérica, que indicaba tanto a los artesanos de la madera como a los trabajadores que se dedicaban a actividades relacionadas con la construcción. Un oficio bastante duro, teniendo que trabajar materiales pesados, como madera, piedra y hierro. Desde el punto de vista económico no aseguraba grandes ganancias, como se deduce del hecho de que María y José, cuando presentaron a Jesús en el Templo, ofrecieron solo un par de tórtolas o pichones (cf. *Lc* 2,24), como prescribía la Ley para los pobres (cf. *Lv* 12,8).

Por tanto, Jesús adolescente aprendió del padre este oficio. Por eso, cuando de adulto empezó a predicar, sus paisanos asombrados se preguntaban: «¿De dónde le viene a éste esa sabiduría y esos milagros?» (*Mt* 13,54), y se escandalizaban a causa de él (cf. v. 57), porque era el hijo del carpintero, pero hablaba como un doctor de la ley, y se escandalizaban de esto.

Este dato biográfico de José y de Jesús me hace pensar en todos los trabajadores del mundo, de forma particular en aquellos que hacen trabajos

duros en las minas y en ciertas fábricas; en aquellos que son explotados con el trabajo en negro; en las víctimas del trabajo —hemos visto que en Italia últimamente ha habido varias—; en los niños que son obligados a trabajar y en aquellos que hurgan en los vertederos en busca de algo útil para intercambiar... Me permito repetir esto que he dicho: los trabajadores escondidos, los trabajadores que hacen trabajos duros en las minas y en ciertas fábricas: pensemos en ellos. En aquellos que son explotados con el trabajo en negro, en aquellos que dan el sueldo de contrabando, a escondidas, sin la jubilación, sin nada. Y si no trabajas, tú, no tienes ninguna seguridad. El trabajo en negro hoy existe, y mucho. Pensemos en las víctimas del trabajo, de los accidentes en el trabajo; en los niños que son obligados a trabajar: ¡esto es terrible! Los niños en la edad del juego deben jugar, sin embargo, se les obliga a trabajar como personas adultas. Pensemos en esos niños, pobrecitos, que hurgan en los vertederos para buscar algo útil para intercambiar. Todos estos son hermanos y hermanas nuestros, que se ganan la vida así, con trabajos que no reconocen su dignidad! Pensemos en esto. Y esto sucede hoy, en el mundo, ¡esto sucede hoy! Pero pienso también en quien está sin trabajo: cuánta gente va a llamar a las puertas de las fábricas, de las empresas: "Pero, ¿hay algo que hacer?" — "No, no hay, no hay...". ¡La falta de trabajo! Y pienso también en los que sienten heridos en su dignidad porque no encuentran este trabajo. Vuelven a casa: "¿Has encontrado algo?" — "No, nada... he ido a Cáritas y traigo pan". Lo que te da dignidad no es llevar el pan a casa. Puedes tomarlo en Cáritas: no, esto no da dignidad. Lo que te da dignidad es ganar el pan, y si nosotros no damos a nuestra gente, a nuestros hombres y a nuestras mujeres, la capacidad de ganar el pan, esto es una injusticia social en ese lugar, en esa nación, en ese continente. Los gobernantes deben dar a todos la posibilidad de ganar el pan, porque esta ganancia les da dignidad. El trabajo es una unción de dignidad y esto es importante. Muchos jóvenes, muchos padres y muchas madres viven el drama de no tener un trabajo que les permita vivir serenamente, viven al día. Y muchas veces la búsqueda se vuelve tan dramática que los lleva hasta el punto de perder toda esperanza y deseo de vida. En estos tiempos de pandemia muchas personas han perdido el trabajo —lo sabemos— y algunos, aplastados por un peso insostenible, han llegado al punto de quitarse la vida. Quisiera hoy recordar a cada uno de ellos y a sus familias. Hagamos un momento de silencio recordando a esos hombres, esas mujeres, desesperados porque no encuentran trabajo.

No se tiene lo suficientemente en cuenta el hecho de que el trabajo es un componente esencial en la vida humana, y también en el camino de santificación. Trabajar no solo sirve para conseguir el sustento adecuado: es también un lugar en el que nos expresamos, nos sentimos útiles, y aprendemos la gran lección de la concreción, que ayuda a que la vida espiritual no se convierta en espiritualismo. Pero lamentablemente el trabajo es a menudo rehén de la injusticia social y, más que ser un medio de humanización, se convierte en una periferia existencial. Muchas veces me pregunto: ¿con qué espíritu hacemos

nuestro trabajo cotidiano? ¿Cómo afrontamos el esfuerzo? ¿Vemos nuestra actividad unida solo a nuestro destino o también al destino de los otros? De hecho, el trabajo es una forma de expresar nuestra personalidad, que es por su naturaleza relacional. El trabajo es también una forma para expresar nuestra creatividad: cada uno hace el trabajo a su manera, con el propio estilo; el mismo trabajo, pero con un estilo diferente.

Es hermoso pensar que Jesús mismo trabajó y que aprendió este arte propio de san José. Hoy debemos preguntarnos qué podemos hacer para recuperar el valor del trabajo; y qué podemos aportar, como Iglesia, para que sea rescatado de la lógica del mero beneficio y pueda ser vivido como derecho y deber fundamental de la persona, que expresa e incrementa su dignidad.

Queridos hermanos y hermanas, por todo esto hoy deseo recitar con vosotros la oración que san Pablo VI elevó a san José el 1 de mayo de 1969:

Oh, san José,
patrón de la Iglesia,
tú que junto con el Verbo encarnado
trabajaste cada día para ganarte el pan,
encontrando en Él la fuerza de vivir y trabajar;
tú que has sentido la inquietud del mañana,
la amargura de la pobreza, la precariedad del trabajo;
tú que muestras hoy el ejemplo de tu figura,
humilde delante de los hombres,
pero grandísima delante de Dios,
protege a los trabajadores en su dura existencia diaria,
defiéndelos del desaliento,
de la revuelta negadora,
como de la tentación del hedonismo;
y custodia la paz del mundo,
esa paz que es la única que puede garantizar el desarrollo de los pueblos. Amén

Saludos:

Saludo cordialmente a los fieles de lengua española. Los animo a reflexionar sobre el sentido que damos al propio trabajo, a verlo como un servicio, como un modo de ayudar a los demás con nuestro esfuerzo. Que el Señor los bendiga y bendiga todas sus tareas, de modo que sean siempre para la mayor gloria de Dios. Muchas gracias.

Resumen leído por el Santo Padre en español

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy reflexionamos en nuestra catequesis sobre el trabajo de san José, que era “artesano”, un obrero de la madera que podría ocuparse tanto de la fabricación de utensilios y muebles como de la construcción de las casas. Un trabajo duro y poco retribuido, que Jesús aprendió de su padre.

Esta condición de obrero pobre provoca escándalo entre los coetáneos de Jesús, que no aceptan su enseñanza y no se explican las obras extraordinarias que realiza. También hoy existen muchas personas que sufren a causa del trabajo, personas explotadas o que no encuentran un trabajo digno. Hoy quiero rezar por todas ellas y por sus familias. Debemos recuperar el sentido del trabajo, como elemento esencial que dignifica al hombre y coopera a su santificación. Trabajar, como lo hicieron José y Jesús, más allá de darnos la posibilidad de ganarnos la vida y de sostener a nuestras familias, nos permite realizarnos concretamente, sentirnos útiles y colaborar en un proyecto que a fin de cuentas es el proyecto de Dios.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana